

La locura del progreso

Un psicoanalista escribe sobre el cambio climático



Josep Maria Panés

LA LOCURA DEL PROGRESO

**Un psicoanalista escribe
sobre el cambio climático**

Josep Maria Panés

**Prólogo
Josep Moya Ollé**


Xoroi
Edicions

Colección ConeXiones

Créditos

Colección ConeXiones

Título original:

La locura del progreso

Un psicoanalista escribe sobre el cambio climático

© Josep Maria Panés, 2025

© De esta edición: Pensódromo SL, 2025

Esta obra se publica bajo el sello de Xoroi Edicions

Diseño de cubierta: Martí Panés

Imagen de cubierta: *6th Mass extinction*, de Nat Morley.

Grabado en madera pintado con acuarela.

Editor: Henry Odell

e-mail: xoroi@xoroiedicions.es

ISBN print: 979-13-990500-3-5

Depósito legal: B 12764-2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

A mi hijo, Martí Panés Julià,
y a Marta Marín Dòmine,
mi compañera.

¿Para cuándo el ensayo de un psicoanalista, consagrado al
movimiento ecologista que se inquieta por los estragos
destructores que amenazan a la Tierra y a los equilibrios
naturales de su fauna y de sus climas?

Judith Miller, «Delicadeza».

Vivimos en una época hartó extraña. Comprobamos asombrados que el progreso ha sellado un pacto con la barbarie.

Sigmund Freud, «Moisés y la religión monoteísta».

Hay un gran hastío de vivir como resultado de la carrera hacia el progreso. Se espera del psicoanálisis que descubra hasta dónde se puede llegar arrastrando esa fatiga, ese malestar de la vida.

Jacques Lacan. «Entrevista a Jacques Lacan en Roma».

Lacan se coloca en la categoría de los antiprogresistas, aquellos que no creen en el progreso. De este modo, no espera un mundo mejor mediante el progreso. [...] Lo cual no significa que creyera en volver atrás, sino que no veía nada mejor en el futuro.

Jacques-Alain Miller, *El lenguaje, aparato del goce*.

Índice

Prólogo por Josep Moya Ollé.....	15
Presentación	21
<i>No querer saber.....</i>	<i>23</i>
<i>La revolución industrial. El capitalismo.....</i>	<i>25</i>
<i>El bucle plusvalía/pulsión.....</i>	<i>27</i>
<i>La democracia —y la vida— en riesgo.....</i>	<i>28</i>
<i>Dos mundos: ¿dos futuros?.....</i>	<i>29</i>
<i>Los jóvenes y los mayores.....</i>	<i>31</i>
Primera parte	
El cambio climático: un trauma personal y colectivo	
Introducción.....	37
Consentir al trauma.....	41
<i>La realidad y lo real.....</i>	<i>42</i>
<i>Consentir al trauma.....</i>	<i>46</i>
<i>Otros encuentros.....</i>	<i>49</i>
<i>Palabra y verdad.....</i>	<i>51</i>
<i>Pérdidas, castración, deseo.....</i>	<i>53</i>
<i>Greta no podía olvidar.....</i>	<i>56</i>
<i>Del trauma a la acción.....</i>	<i>58</i>
<i>Dos trayectorias divergentes, la misma lucha.....</i>	<i>64</i>
Precursores, científicos y criminales	67
<i>Un gran precursor.....</i>	<i>67</i>
<i>Primeros atisbos sobre el CO₂.....</i>	<i>69</i>
<i>El efecto invernadero.....</i>	<i>71</i>

<i>Tiempos geológicos y tiempos históricos</i>	72
<i>La ciencia del clima</i>	75
<i>Crímenes contra la humanidad</i>	77
<i>El poder judicial entra en escena</i>	81
<i>El poder legislativo también investiga</i>	83
<i>Verdaderos criminales</i>	87
<i>Los límites del crecimiento</i>	89
Crisis ecológica y cambio climático	93
<i>¿En qué punto estamos?</i>	95
<i>El balance energético</i>	96
<i>Aumento de la emisión de CO₂ y de otros GEI</i>	99
<i>Dimensión política del problema</i>	102
<i>Aumento de la temperatura global</i>	105
<i>Más sequía, pero lluvias más intensas</i>	107
<i>Otros efectos del calentamiento global</i>	108
<i>Fenómenos climáticos extremos</i>	113
<i>La incidencia en España</i>	114
<i>La hipótesis Gaia. Una compleja red de interacciones entre la geología, la química y la biología</i>	118
<i>Más allá de la biosfera</i>	123
<i>La sexta gran extinción</i>	124

Segunda parte

Capitalismo y crisis ecológica

Introducción	129
<i>Un consenso más allá de lo ideológico</i>	131
Los antecedentes del capitalismo	135
<i>Las revoluciones agrarias</i>	136
<i>Los cercamientos</i>	137
<i>El destino de los excedentes</i>	139
<i>El colonialismo</i>	141
<i>Una deuda incalculable</i>	142
Revolución industrial y capitalismo	145
<i>Los movimientos revolucionarios y el mundo bipolar</i>	146
<i>Décadas de prosperidad y de destrucción ecológica</i>	150
<i>La «revolución» neoliberal de los años ochenta</i>	152
<i>Globalización, financiarización</i>	158
<i>La economía casino: ¿quién da más?</i>	161
<i>De la pulsión a la plusvalía, y retorno</i>	162

Tercera parte La brújula del psicoanálisis

Introducción.....	167
Freud: el malestar en la cultura	171
<i>La naturaleza perdida. Del instinto a la pulsión</i>	<i>172</i>
<i>Todos adictos</i>	<i>174</i>
<i>El nacimiento del sujeto</i>	<i>176</i>
<i>El egoísmo de las pulsiones.....</i>	<i>179</i>
<i>La glotonería del superyó.....</i>	<i>181</i>
<i>Eros y Tánatos.....</i>	<i>184</i>
<i>Estallidos de la pulsión de muerte.....</i>	<i>185</i>
<i>La degradación del lazo social</i>	<i>188</i>
<i>El cambio climático, un síntoma de la humanidad.....</i>	<i>189</i>
Lacan: el discurso capitalista	193
<i>El discurso del amo.....</i>	<i>194</i>
<i>El Otro. El inconsciente.....</i>	<i>196</i>
<i>El Otro. La pulsión</i>	<i>197</i>
<i>De Freud a Lacan</i>	<i>199</i>
<i>El goce, un más allá del placer</i>	<i>202</i>
<i>La función de todo discurso.....</i>	<i>205</i>
<i>Plusvalía y plus-de-gozar</i>	<i>206</i>
<i>El mundo anterior al capitalismo. El amo antiguo</i>	<i>209</i>
<i>El discurso capitalista</i>	<i>214</i>
<i>La ciencia, entre Eros y Tánatos.....</i>	<i>216</i>
<i>La locura capitalista</i>	<i>219</i>
<i>La polución, el desecho.....</i>	<i>223</i>
Miller: el mundo en el siglo XXI.....	229
<i>Greed is good</i>	<i>230</i>
<i>La voz del superyó.....</i>	<i>232</i>
<i>El desamparo capitalista.....</i>	<i>235</i>
<i>El consumo. Un apetito insaciable</i>	<i>237</i>
<i>Capitalismo. Ciencia. Técnica</i>	<i>241</i>
<i>Ecología lacaniana.....</i>	<i>243</i>
<i>El ser humano, especie protegida.....</i>	<i>246</i>

Cuarta parte El futuro

Introducción.....	251
<i>La búsqueda de sentido.....</i>	<i>252</i>

<i>La política</i>	253
<i>Más allá del capitalismo. El decrecimiento</i>	255
<i>De nuevo, Eros y Tánatos</i>	255
Las alternativas	257
<i>¿Renovarán algo las energías renovables?</i>	257
<i>La protesta ecologista y la respuesta del poder:</i>	
<i>Acting y pasaje al acto</i>	260
<i>Capitalismo ¿y democracia?</i>	262
<i>El deseo de algo mejor</i>	265
<i>El sueño de la emancipación</i>	269
La apuesta por el decrecimiento	271
<i>El riesgo de colapso</i>	271
<i>El Earth Overshoot Day</i>	274
<i>El decrecimiento</i>	276
<i>Serge Latouche: «decrecimiento o barbarie»</i>	277
<i>Jason Hickel: «menos es más»</i>	278
<i>Thomas Piketty: cambio climático y desigualdad</i>	282
<i>Antonio Turiel: «todo normal y bien»</i>	286
<i>Antxon Olabe: «un capitalismo salvaje»</i>	289
<i>Conclusión sobre el decrecimiento</i>	291
Conclusiones	295
<i>Pensamiento mágico o previsiones fiables</i>	296
<i>¿Cómo será el futuro? ¿Quién o qué lo decidirá?</i>	299
<i>¿Qué puede aportar el psicoanálisis?</i>	301
<i>¿Qué hacer? ¿En quién confiar?</i>	306
<i>Diversidad de propuestas, de enfoques, de objetivos</i>	312
<i>Renovar la apuesta por el futuro</i>	317
Bibliografía	321
Agradecimientos	341
Acerca del autor	345

Prólogo

Por Josep Moya Ollé

En el momento de escribir este prólogo muchos ciudadanos seguimos bajo el terrible impacto de las inundaciones que han devastado el paisaje de la Huerta Sur de Valencia el día 29 de octubre del 2024. Y, más recientemente, hemos asistido estupefactos a los terribles incendios que han asolado elegantes barrios de la ciudad de Los Ángeles, en California. No se trata de fenómenos nuevos, ocasionales, sino que forman parte del conjunto de consecuencias del cambio climático, un cambio que, pese a los negacionistas —algunos de ellos muy poderosos—, está transformando de manera irreversible no solo el paisaje de nuestro planeta, sino que supone una amenaza para la vida tal como la hemos entendido hasta la actualidad. Así, si nos remontamos al año 2023, nos encontramos con los incendios de Canadá, que afectaron a 3 800 000 hectáreas, pertenecientes a diversas regiones del país. Además, se produjo un incremento considerable del número de tornados en

Europa. Finalmente, el 25 de octubre de 2023, el huracán Otis impactó en el estado mejicano de Guerrero, con especial ímpetu en la ciudad de Acapulco. Se podrían añadir más catástrofes, pero considero que los casos mencionados tienen ya suficiente peso específico para dar cuenta de la gravedad de la situación.

Por otro lado, es sabido y constatado que, pese a las evidencias de los hechos, no faltan quienes los niegan y los atribuyen a ciclos «naturales» y los desvinculan de la acción de los humanos. Así, algunos sostienen que lo que está ocurriendo actualmente con el clima se explica porque estamos en un período interglaciar, es decir, entre una glaciación y otra. Eso, según ha explicado el científico del CSIC Fernando Valladares, es incuestionable. Ahora bien, la última glaciación acabó hace 11 000 años y la siguiente empezará dentro de miles o cientos de miles de años. Pero solo con eso no explicamos lo que ha ocurrido en el último siglo. Es imposible. No hay ningún modelo físico del clima que explique lo que ha pasado si no se introducen los gases de efecto invernadero de origen humano. Para Valladares, el argumento de que nos encontramos en un período interglaciar tiene apariencia científica, pero en realidad es pseudocientífico.

En otros casos, los argumentos son menos sofisticados y rozan lo absurdo o lo delirante. Por ejemplo, Donald Trump comentó que a los Estados Unidos «le iría bien un poco de calentamiento global» para combatir las bajas temperaturas que llegaron a marcar los -40°C en ciertas zonas del país; fue la ironía de un sujeto que también pretendía combatir el virus de la COVID-19 con inyecciones de desinfectantes.

Es así como se ha originado un frente negacionista que pretende negar las pruebas científicas a base de «argumentos» irrisorios o, como ya he mencionado, francamente deliran-

tes. El problema es que, como nos demuestra la historia de manera recurrente, lo delirante prospera y crea adictos o soñadores, como escribe Josep Maria Panés en las primeras páginas de su excelente libro.

Y es que, ciertamente, el texto de Panés no es solamente excelente, sino que supone una novedad casi insólita: un psicoanalista —lacaniano— escribe, de manera muy bien documentada, sobre un fenómeno muy complejo, como es el cambio climático.

El autor inicia su recorrido haciendo referencia a los sueños, pero no ya como actividad onírica mientras dormimos, sino cuando estamos despiertos. Citando al psicoanalista francés Jacques-Alain Miller, se pregunta si la gente, en general, y los votantes, en particular, quieren —queremos— ser engañados. En efecto, a pesar de que desconfiamos —cada vez más— de los políticos, acudimos a las urnas —cada vez menos— y elegimos a aquellos que nos prometen soluciones —demasiado simples— para problemas complejos. Sí, tendemos a soñar, como el Segismundo de Calderón de la Barca, que nos advertía que el hombre que vive sueña lo que es... hasta despertar. Soñamos, nos dejamos engañar, aunque, en lo más íntimo de nuestra conciencia, sabemos que solo se trata de eso, de un engaño. Pero, escribe Panés, cuando se trata de enfrentar las dificultades de la vida, de responder a problemas y peligros reales, de velar por la salud y la calidad de vida de las personas, conviene estar muy despierto. Y no es fácil porque, al parecer, los seres humanos, tendemos a querer dormir, a pasar la vida acunados por lo cotidiano, por ficciones cómodas y cercanas, y nos cuesta despertar.

Sí, en efecto, lo más sencillo es soñar, dejarnos seducir por las imágenes placenteras de los bellos paisajes que aparecen en los anuncios de un crucero por el Mediterráneo. Se trata,

como se nos repite incansablemente, de dejarnos seducir, o de adoptar aquella posición defensiva del Guido Orefice, el padre de la película *La vida es bella*, que empleaba toda su imaginación para proteger a su hijo de los horrores del campo de exterminio nazi. Soñar o enfrentarnos a la dura realidad, esa es la cuestión. Y si bien, como nos advierte Panés, no nos encontramos ante la misma situación que en la década de los años treinta del siglo pasado, cuando un austríaco paranoico tuvo el delirio de conquistar medio planeta, con las consecuencias terribles de todos conocidas, no es menos cierto que estamos en una encrucijada en la que lo peor puede suceder.

Unas líneas más adelante el autor nos recuerda la existencia de tres pasiones humanas fundamentales. Las dos primeras son el amor y el odio, que pueden ser admitidas incluso por los negacionistas, aunque tampoco aquí falta quien considera los ángeles que llevamos dentro.

La tercera pasión es menos evidente: la ignorancia, tema que es objeto de estudio de un libro publicado en el año 2022 y cuya autora es Renata Salecl, filósofa y socióloga italiana. Salecl escribe que

[...] las personas se valen a menudo de la negación y la ignorancia como estrategias útiles para lidiar con una verdad incómoda que no encaja en su percepción de la realidad, o como herramientas con las que crear un escenario de fantasía que haga más agradable esa realidad y más fácil de soportar. Estas estrategias pueden usarse también para mantener intactas las relaciones sociales¹.

Exacto, se trata de crear un escenario de fantasía, algo que los medios de comunicación, especialmente la tele-

1. Salecl, R., *Pasión por la ignorancia*, Barcelona, Paidós, 2023, p. 32.

visión, conocen muy bien. Fijémonos que los telediarios siguen una estructura muy clara y estable: Nos dan una noticia dramática, trágica, horrible, pero, acto seguido, nos ofrecen una noticia más optimista o esperanzadora y, finalmente, nos dan los últimos acontecimientos deportivos y las anécdotas amables protagonizadas por alguien que, habitualmente, sonrío.

Cierto, sonrío y sonreímos cuando nos fotografiamos, postura de obligado cumplimiento que, de no acatarla, seremos etiquetados de deprimidos o, pero aun, autistas.

Sean felices, disfruten de las amables vistas de paisajes paradisíacos, sueñen, déjense engañar y, sobre todo, no sean pesados con el tema del cambio climático.

Pues bien, un psicoanalista lacaniano, siguiendo las referencias de Freud y de Lacan, nos invita a estudiar a fondo el problema, como él lo hace en su texto, muy bien documentado. Pero, ahora nos surge la pregunta: ¿cómo articular dos saberes que, hipotéticamente, siguen direcciones muy dispares, lejanas, como son el saber científico y el saber psicoanalítico?

Obviamente se trata de un reto que muy pocos psicoanalistas se han atrevido a abordar y Panés lo resuelve de forma brillante. Para ello recurre a un concepto crucial en la teoría psicoanalítica: la pulsión. Y me permito citar al propio autor para referirme a su argumentación:

La crisis ecológica de la que forma parte el cambio climático es consecuencia directa de la revolución industrial y de la mentalidad colectiva que fue instaurando: a más producción y más consumo, más destrucción de recursos naturales, más contaminación, más calentamiento de la atmósfera... Pero el capitalismo y la crisis ecológica no son un enemigo exterior al que, si supiéramos cómo, podríamos

vencer. El capitalismo y la crisis ecológica son también la consecuencia de algo que en la subjetividad tiende también al siempre más y que, librado a su propia dinámica y sin una función de regulación, puede conducir a que la pulsión —es el nombre que da el psicoanálisis a esa exigencia interna de satisfacción— se convierta en pulsión de muerte: un afán tal de satisfacción que no respeta el bienestar ni, al límite, la vida del individuo².

Exacto, el capitalismo y, especialmente el neoliberalismo, se muestran siempre insatisfechos, nunca hay suficiente beneficio. Los multimillonarios aumentan minuto a minuto sus inmensas fortunas, tan elevadas que es imposible que puedan disfrutarlas, no obstante, siempre quieren más, en una *praxis* que articula la figura del avaro y la del exhibicionista. Acumular y exhibir, sin límites, sin freno, y es así como la pulsión eternamente insatisfecha del capitalismo nos lleva a la autodestrucción, no sin antes pasar por el empobrecimiento y el apogeo de las desigualdades sociales.

En suma, Josep Maria Panés nos ofrece un texto de lectura obligatoria, que aborda de manera clara, precisa y muy bien documentada, el gran problema del cambio climático y sus devastadoras consecuencias. Su lectura nos invita no solo a conocer, a no ignorar, este fenómeno sino a ser coherentes y tomar una postura activa, es decir, a no resignarnos y regodearnos con el clásico «Y pobres de nosotros, ¿qué podemos hacer?», porque si bien es poco lo que podemos cambiar de manera individual sí es mucho si lo hacemos de forma colectiva.

2. Véase: «Presentación», p. 27.

Presentación

En un artículo en *Le Point*, el psicoanalista francés Jacques-Alain Miller se preguntaba si el público, la gente —los votantes, en aquella ocasión— quieren ser engañados, quieren que les cuenten cuentos para dormir o seguir durmiendo¹. En la proximidad de unas elecciones generales, un exministro se quejaba de que el programa electoral de su partido no hacía soñar a la gente, y Miller se preguntaba si eso era lo que realmente quería el pueblo —el francés, en este caso— o si prefería saber la verdad, por lo menos en la medida en que esta puede ser conocida y explicada.

Hacer soñar a la gente... ¿Quién podría estar en contra? Siempre que no se trate de una pesadilla, soñar es conveniente, necesario, y puede ser muy placentero. En este sentido, puede ayudar a vivir, a ser más feliz, y la industria del entretenimiento lo sabe muy bien. Pero cuando se trata de enfrentar las dificultades de la vida, de responder a problemas y peligros reales, de velar por la salud y la calidad de vida de las personas, conviene estar muy des-

1. Miller, J.-A., «La politique de rêve et la politique du désir», *Le Point*, 29-9-2011, <http://xoroieditions.es/x/4re>.

pierto. Y no es fácil porque, al parecer, los seres humanos, tendemos a querer dormir, a pasar la vida acunados por lo cotidiano, por ficciones cómodas y cercanas, y nos cuesta despertar. Aquel político francés lo sabía muy bien y quería que su partido, como las tiendas que crean un entorno que predispone a comprar, propusiera a los votantes cosas —ideas, ilusiones, grandes proyectos— que les hicieran soñar, que les hicieran felices.

Miller, del todo contrario a este planteamiento, evocaba al Churchill de 1940 que, el mismo día en que Hitler iniciaba la invasión de Francia —después de haber ocupado Austria, Polonia y Dinamarca— se dirigía al Parlamento y a la nación para decirles que no podía ofrecerles más que «sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas». El discurso de Churchill, anunciando que el Reino Unido tenía por delante «muchos, muchos meses de lucha y sufrimiento», contribuyó decisivamente a que la ciudadanía enfrentara aquella terrible realidad con la voluntad y la fuerza que, después de grandes penalidades, condujo a la victoria contra el nazismo.

¿Por qué evoco ahora estos hechos tan lejanos? ¿Qué tiene que ver el mundo actual con el que vivió la Segunda Guerra Mundial? Nada o mucho, según en qué nos fijemos. El mundo actual no se enfrenta al furor bélico de un único y poderoso gobernante dispuesto a conquistarlo —aunque sufre el furor bélico de numerosos gobernantes— pero sí se encuentra, como entonces, en una encrucijada en la que lo peor puede suceder, en un momento decisivo en el que se trata de saber cómo reaccionar y, sobre todo, cómo hacer surgir la determinación y la energía individual y colectiva que necesitaremos.

Me refiero, obviamente, al cambio climático y a todas las consecuencias que, en el contexto de una crisis ecológica mucho más amplia, ya estamos empezando a sufrir de forma

clara e innegable. Hasta hace poco el cambio climático era un problema del que todo el mundo tenía conocimiento —los medios hablaban de ello cada tanto— pero del que no se percibía su verdadero alcance. Más allá del reducido círculo de los expertos, los activistas y los escasos políticos realmente concernidos por el tema, la humanidad ha vivido de espaldas a una amenaza repetidamente anunciada, de una gravedad indudable, de carácter sistémico —afectará hasta el último rincón de la biosfera— y con una inmensa capacidad para alterar las condiciones de vida de nuestra especie.

El calentamiento global, producido por la acumulación en la atmósfera de los llamados gases de efecto invernadero —el CO₂, entre otros— está produciendo una profunda alteración del clima, que no solo se traduce en temperaturas más altas, sino que pone en riesgo las condiciones que, desde el fin del último período glacial, hace diez mil años, han hecho posible el desarrollo de la civilización. Sin zonas climáticas estables, sin una constancia en el ritmo de las estaciones, sin determinados regímenes de vientos y lluvia —todo lo que hoy empieza a estar seriamente alterado—, el sedentarismo, la agricultura y la ganadería no habrían sido posibles y, sin ellas, tampoco el establecimiento de comunidades humanas, el crecimiento demográfico y los fundamentos de la vida social.

No querer saber

Pero ¿por qué no hemos querido saber? ¿Por qué hemos rechazado aceptar y ver lo que teníamos delante? Decía antes que, al parecer, los seres humanos tendemos a querer dormir, a pasar la vida acunados por ficciones cómodas y cercanas, y nos cuesta despertar; sobre todo cuando esas ensoñaciones nos protegen de una realidad angustiante

que nos obligará a renunciar a la inercia de nuestro mayor o menor confort cotidiano, a las satisfacciones en las que se sostiene nuestro día a día.

El psicoanalista francés Jacques Lacan habló de tres pasiones fundamentales que habitarían en el ser humano; nadie se sorprenderá si digo que las dos primeras son el amor y el odio, pero la tercera no resulta, de entrada, tan obvia: se trata de la ignorancia, que en el ser humano no se limita a una actitud de indiferencia frente a verdades incómodas, un simple mirar hacia otro lado para no ver. La ignorancia rechaza activamente, ferozmente, tanto aquella parte de nuestra vida psíquica que permanece inconsciente, como todo aquello que nos confronta con los límites que acechan en los confines de nuestra existencia. Límites que surgen a cada paso, cuando algo en la vida frustra nuestras expectativas —obligándonos a aceptar que no todo es posible— y que encuentran su máxima expresión en el dolor —físico y psíquico— y en la certeza de la muerte.

A este no querer saber hacía también referencia el psicoanalista Gustavo Dessal, en uno de sus escritos sobre el cambio climático:

Ahora, en 2021, no deja de sorprender el hecho de que los psicoanalistas, decididos a comprometernos en todas las modalidades del malestar en la cultura, sigamos manteniendo un inexplicable silencio sobre lo más grave que nos está ocurriendo: nuestra propia extinción. [...] Ante esta evidencia, debemos asumir que los psicoanalistas hemos sido capturados por la misma renegación que afecta al resto del mundo. Sin duda, nuestra capacidad de acción sobre este cataclismo es prácticamente irrelevante, pero sorprende que siga siendo un punto ciego en nuestro decir².

2. Dessal, G., «Nuestro punto ciego», *Política y psicoanálisis*, Barcelona, Gredos, 2024.

El primer informe concluyente sobre los efectos que tendría la quema masiva de combustibles fósiles —petróleo, carbón y gas— vio la luz en 1972 y pronosticó, con una precisión sorprendente para los medios de los que disponían sus autores, que cincuenta años después se habría producido un cambio climático de consecuencias catastróficas para el conjunto de la humanidad. En los años y décadas posteriores, la comunidad científica ha ido acumulando pruebas que no han hecho sino confirmar aquellas predicciones del conocido como «Informe Meadows»³, inicialmente lejanas y a las que probablemente era fácil no prestar demasiada atención.

Pero entró en juego otro factor: la inmensa capacidad de las grandes corporaciones petrolíferas —Shell, Exxon, BP, Total, Aramco— para influir en los gobiernos y en la opinión pública. Desde muy pronto destinaron grandes sumas de dinero y enormes presiones políticas a desmentir lo que los expertos anunciaban. Y también a comprar sus voluntades para que mintieran, o a extorsionarlos y desacreditarlos cuando no se prestaban a ello.

Esa operación criminal consiguió ocultar la verdad durante décadas, en parte porque dirigía sus mentiras a una humanidad mayoritariamente deseosa de creerlas... y seguir durmiendo.

La revolución industrial. El capitalismo

Como es obvio, la quema masiva de combustibles fósiles y el cambio climático se enmarcan en unas circunstancias históricas concretas que se corresponden con el inicio, a finales del siglo XIX, del capitalismo industrial.

Toda sociedad comporta un mayor o menor grado de organización que, en base a diversas modalidades de ejercicio

3. Meadows, D. H. *et al*, *Los límites del crecimiento*, FCE, CDMX, 1972.

del poder, se traduce en un reparto más o menos igualitario de los recursos obtenidos mediante los medios y la tecnología de la época. La explotación del ser humano por el ser humano ha sido una constante a lo largo de la historia, dando lugar a fenómenos de acumulación de riqueza y poder en manos de una minoría. Pero, mientras estos se han producido en el contexto de lo que Claude Lévi-Strauss llamó «sociedades frías» —preindustriales, de evolución muy lenta, a menudo autosuficientes— no han introducido grandes cambios en el devenir histórico.

La ciencia —cuyo nacimiento se sitúa en la Europa del siglo XVII— empezó muy pronto a dar sus frutos, en términos de avances en el conocimiento de las leyes de la naturaleza y en el desarrollo de una tecnología cada vez más avanzada. Las máquinas que venían a ampliar las capacidades físicas del ser humano y las nuevas fuentes de energía en las que se basaban —la máquina de vapor y el carbón, el motor de combustión y el petróleo, las centrales nucleares y el uranio— acabaron por sentar las bases de una verdadera revolución en la capacidad de producción de las sociedades europeas avanzadas, capaces a partir de entonces de generar un excedente cada vez mayor.

El salto cualitativo y cuantitativo que todo ello comportó se tradujo en la emergencia de un nuevo modelo de sociedad y un nuevo modelo de explotación, en el que la acumulación de riquezas en aras de una creciente desigualdad se convirtió en el vector y el fin último de la economía. Karl Marx definió así la plusvalía como aquello que el capitalista obtiene y acumula cuando basa su beneficio en un robo: pagar por la fuerza de trabajo menos de lo que esta realmente vale en función del valor que añade y del excedente que permite producir.

El bucle plusvalía/pulsión

La revolución industrial comportó cambios extraordinarios en la vida de las personas y en el funcionamiento de las sociedades, de manera que su versión actual —el capitalismo— ya no se reduce a un determinado modelo de producción y de trabajo, sino que ha instituido un tipo de sociedad que empuja al consumo, a la renovación constante de los deseos, a la búsqueda de una satisfacción basada en objetos y en experiencias siempre nuevos. Así, el capitalismo contemporáneo —devenido global, sistémico— promueve el sin límite, empuja al siempre más, al todo es posible, produciendo un tipo de sujeto que no puede renunciar a nada, pero que, precisamente por eso, vive en permanente insatisfacción.

La crisis ecológica de la que forma parte el cambio climático es consecuencia directa de la revolución industrial y de la mentalidad colectiva que fue instaurando: a más producción y más consumo, más destrucción de recursos naturales, más contaminación, más calentamiento de la atmósfera... Pero el capitalismo y la crisis ecológica no son un enemigo exterior al que, si supiéramos cómo, podríamos vencer. El capitalismo y la crisis ecológica son también la consecuencia de algo que en la subjetividad tiende también al siempre más y que, librado a su propia dinámica y sin una función de regulación, puede conducir a que la pulsión —es el nombre que da el psicoanálisis a esa exigencia interna e inextinguible de satisfacción— se convierta en pulsión de muerte, un concepto fundamental que expondré en estas páginas: un afán tal de satisfacción que no respeta el bienestar ni, al límite, la vida del individuo.

La satisfacción que persigue la pulsión no está siempre puesta al servicio del placer. La pulsión se alimenta tam-

bién de ese tipo de satisfacción que captamos en alguien —uno mismo, también— que «se recrea» en su malestar, prolongando el sufrimiento y el dolor que algo le ha causado, en vez de orientarse hacia el deseo y hacia la vida. Lacan usó el término goce para referirse a ese tipo de satisfacción dañina, que se produce también cuando la pulsión prescinde de toda relación con el otro y, de manera autista, empieza y acaba en el propio cuerpo.

La clínica de las adicciones nos ofrece a menudo ejemplos dramáticos de este funcionamiento en el que la pulsión, al modo de un virus que, matando a su huésped, muere él también, empuja al sujeto hasta la muerte. Y las sociedades del llamado primer mundo funcionan en gran medida según el modelo de lo adictivo: el trabajo, las compras, el sexo, internet, el deporte... Todo puede convertirse en un bucle en el que el sujeto, «enganchado», no puede no seguir, no puede no querer más.

Se ha dicho a menudo que el capitalismo impregna los estilos de vida y las formas de hacer de las personas, y que genera funcionamientos que son su réplica a una escala diferente. La más repetida de estas comparaciones es la que ve en la mafia una caricatura, una versión explícitamente criminal del capitalismo. Podríamos añadir otras figuras igualmente extremas: el traficante de drogas, el *dealer*, reproduce a otro nivel las estrategias del capitalismo para conectar lo que nos ofrece con la apetencia inextinguible de la pulsión.

La democracia —y la vida— en riesgo

Es obvio que no existe una única versión del capitalismo y también que algunas son mucho peores que otras. Aquellos que lo defienden afirman, y no carecen de argumentos para hacerlo, que ha generado riqueza y bienestar —siem-

pre para una minoría— y que ha estimulado la creatividad y ha canalizado las energías hacia actividades productivas. En consecuencia, defienden la versión del capitalismo que conserva cierta capacidad para autorregularse, reinvertiendo buena parte de las plusvalías en un sistema productivo básicamente industrial, que genera bienes de consumo destinados a mejorar la calidad de vida de... las personas que pueden acceder a ellos.

El caso es que —¡ay!— la deriva que ha tomado el capitalismo a nivel global ha tendido a un predominio del capitalismo especulativo, financiero, cada vez más agresivo y capaz de influir en los poderes públicos para dictar las leyes que más le convienen. Esta deriva pone de manifiesto, en mi opinión, la verdadera lógica del capitalismo, el funcionamiento sin límite al que, en ausencia de regulación, siempre tiende: como la pulsión. El capitalismo contemporáneo —extractivo, depredador, enloquecido— funciona, de hecho, según la lógica de la pulsión de muerte cuya acción se manifiesta en los efectos de la crisis climática: temperaturas extremas, sequías, pérdida de cosechas, lluvias torrenciales, alteración de las grandes corrientes oceánicas y extinción masiva de especies.

Dos mundos: ¿dos futuros?

El mundo actual es extremadamente complejo, y en ocasiones parece que, en vez de producir un freno y el intento de reconducir la situación, este abrir los ojos ante la realidad del cambio climático esté provocando una especie de fuga hacia adelante: la invasión de Ucrania por Rusia, el conflicto de Oriente Medio y el ascenso de la ultraderecha, han agudizado las tensiones geopolíticas, potenciando la actividad de la industria armamentística y produciendo

do un aumento aún mayor en la extracción y el uso de combustibles fósiles. Y todo esto en un contexto en el que la democracia —allí donde, con más o menos limitaciones, todavía existe— está cada vez más amenazada por potentísimos poderes fácticos. Una de las consecuencias del capitalismo —como sistema económico, como estilo de vida y como discurso social— es, precisamente, el descrédito y el ataque a la democracia y a los ideales que la sostienen.

¿Cómo no mencionar aquí el punto de inflexión que supone el retorno de Donald Trump a la presidencia de los EE. UU.? Él y la inmensa mayoría del Partido Republicano han optado abiertamente por liquidar todas las medidas contra el cambio climático, potenciar al máximo la quema de combustibles fósiles y atacar todo aquello que se oponga a su ejercicio autoritario del poder.

El caso es que, en este contexto y a pesar de todo lo que hemos dicho, una parte del mundo desarrollado —el llamado primer mundo— vive todavía hoy de espaldas a la realidad del cambio climático. Esta parte del mundo todavía imagina su vida y su futuro como una continuación de lo que ha sido hasta ahora: un mundo en el que no existen límites al crecimiento, a la extracción y destrucción de recursos naturales, a la cadena de producción y consumo de todo tipo de objetos y experiencias, a renovar rápidamente por los últimos que el mercado ofrezca.

Otra parte del mundo —otro mundo, de hecho— vive al margen del consumismo occidental al que, sin duda, querría acceder. Pero, privado incluso de infraestructuras y servicios básicos, vive con una creciente angustia porque su vida cotidiana se ve cada vez más alterada por fenómenos climáticos extremos que, en algunos casos, ya son calificados de apocalípticos. En septiembre de 2022, Antonio Guterres, secretario general de Naciones Unidas, expresaba

su consternación, afirmando que las inundaciones en India y Pakistán, con miles de muertos y millones de desplazados, son de una magnitud diferente a todo lo que había tenido que ver hasta entonces.

Si en 2023 declaraba que «ningún país está a salvo» y que «la acción climática no es opcional, es imperativa», el 30 de diciembre de 2024, iba aún más lejos en la expresión de su inquietud, afirmando que «estamos presenciando el colapso climático en tiempo real. Este camino está abocado a la ruina y tenemos que abandonarlo lo antes posible.»

¿Qué hacer? ¿Cómo hacerlo? ¿Con quién? E incluso: ¿estamos a tiempo de hacer algo? ¿O nos hemos despertado de nuestros sueños cuando la pesadilla del cambio climático ya se ha convertido en una realidad incontrolable, sin freno?

Los jóvenes y los mayores

Siento, especialmente, que los adultos de hoy tenemos una deuda con las generaciones más jóvenes. No somos mejores ni peores unos que otros, ni hemos hecho o dejado de hacer cosas que ellos sí hubieran hecho o dejado de hacer, pero lo cierto es que ellos heredarán un mundo infinitamente más peligroso e inseguro que el que encontramos nosotros.

Hay que rehuir los relatos catastrofistas y las visiones apocalípticas que invitan a gozar de unos fantasmas que el cine ya ha recreado infinidad de veces, fascinándonos con imágenes que, paradójicamente, solo sirven para seguir durmiendo y no mirar cara a cara una realidad que de ninguna manera podemos ignorar: nadie sabe con exactitud qué y cuándo pasará, ni hasta dónde llegarán los efectos destructivos del cambio climático, pero nadie suficientemente informado puede dudar de que en las próximas décadas la

vida en el planeta se hará más difícil para la humanidad en su conjunto, e insufrible para una gran parte de ella.

La historia nos enseña que la vida de los pueblos y de los individuos ha estado siempre a merced de circunstancias adversas: catástrofes naturales, tiranías, conflictos bélicos, se han alternado con períodos más o menos breves de paz, seguridad y progreso. Me temo que las personas que han nacido y crecido en uno de estos períodos de relativa bonanza y en la parte del planeta en que esto sucedía, tendrán quizás una gran dificultad para aceptar y entender que las cosas pueden cambiar mucho y a peor. Y, quizás, especialmente cuando estos cambios —el tsunami, la catástrofe, el descalabro— han llegado lentamente, poco a poco, velados por una música que animaba a seguir la fiesta sin preocuparse por nada, al modo de lo que hoy se define como «catástrofes lentas».

Creo que nos corresponde decir y repetir alto y claro que en los próximos años y en las próximas décadas los efectos del cambio climático se manifestarán con una gran dureza y con una intensidad creciente. Tendrán, sin duda alguna, una enorme incidencia en todos los ámbitos de la vida, y afectarán aún más a las sociedades con menos capacidad para mitigarlos.

En consecuencia, también nos corresponde decir y repetir que el mundo en el que vivirán las generaciones más jóvenes será peor, más imprevisible y hostil. Un sector de la juventud ya lo sabe y ha hecho suya la batalla contra el cambio climático, pero es fundamental que, en su conjunto, sean conscientes de ello y adapten sus expectativas y sus planes de vida a esta realidad.

Resulta cada vez más necesario que unos y otros —jóvenes y adultos— cambiemos conductas individuales, aunque con ello no alcancemos a frenar los efectos devas-

tadores del cambio climático. Deberíamos hacerlo para desabonarnos, en la medida de lo posible, de ese empuje constante del capitalismo al sin límite, al consumo innecesario, a la obsolescencia programada y para adoptar una actitud adecuada a las crisis que vendrán (sociales, energéticas, de abastecimiento). Pero serán los jóvenes quienes tengan que asumir mayores y más dolorosos cambios y, probablemente, renunciar a muchas de las comodidades y los placeres de un estilo de vida que dábamos por seguro. También es cierto que este será el precio a pagar —el que les corresponderá a ellos— para tener una vida digna, que no ha de excluir la felicidad —la que nos es dado de tener— y el goce de vivir, siempre que este es posible.

Ya no hay espacio para proyectos emancipatorios que, preconizando la derrota del capitalismo, anuncien un mañana en el que todo será distinto y, por fin, conforme a nuestros ideales. Hay que luchar contra el capitalismo extractivo y depredador, por supuesto, y limitar el poder de las grandes corporaciones, reforzar el control democrático y exigir un sistema más respetuoso con la naturaleza. Pero hay que hacerlo siendo conscientes de que el capitalismo es solo la encarnación de un funcionamiento que nos habita a todos, el discurso que ha sabido accionar las palancas que mueven nuestro deseo, capturándolo en el goce banal o mórbido de la pulsión: el dueño capitalista encuentra siempre un cómplice en lo que en cada uno de nosotros puede hacernos esclavos de nosotros mismos.

Conviene no olvidarlo y saber que dicha conexión, sólidamente forjada, constituye una condición y quizás un límite a toda acción política contra el cambio climático. Acción política que haría bien en no repetir los errores en los que, históricamente, han incurrido los grandes proyec-

tos que aspiraban a liberar a la humanidad de sus cadenas y a instaurar un mundo feliz.

Acción política que, por otra parte, está creciendo en intensidad y en diversidad de frentes: colectivos de jóvenes, científicos, profesionales de la salud, economistas, comunidades rurales e indígenas, movimientos alternativos, partidarios del decrecimiento... Todos ellos y muchos más se están uniendo a la lucha que el movimiento ecologista lleva décadas sosteniendo para concienciar a la población e influir en las decisiones de los gobiernos. Hay muchos y muy diversos frentes en los que, quien lo desee o quien sienta el deber ético de hacerlo, puede encontrar la manera de participar.

Todas estas cuestiones formarán parte de la trama, el argumento y el contenido de estas páginas que no pretenden aportar soluciones globales, pero sí un esfuerzo de reflexión y lucidez.

Acerca del autor

Josep Maria Panés

Psicólogo clínico y psicoanalista. Miembro de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis (ELP) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP).

Durante más de treinta años ha simultaneado la práctica clínica en institución —en la red de centros de atención a la primera infancia en Catalunya— con la docencia y la supervisión y la práctica privada del psicoanálisis.

Fue miembro activo de Zadig España, grupo de trabajo perteneciente al Campo Freudiano, que exploraba las articulaciones entre el psicoanálisis y la política.

Ha publicado artículos en prensa generalista —*El País*, *La Vanguardia*, *Catalunya Plural*— y en publicaciones del ámbito del psicoanálisis: *Freudiana*, *El Psicoanálisis*, *Carretel* y *Mental*. Es coautor de *Una clínica posible del autismo infantil* (2012) *Aforismos lacanianos. Una introducción al psicoanálisis* (2022) y *Política y psicoanálisis* (2024).

Desde 2008 se interesa por la problemática de la crisis ecológica y el cambio climático desde la perspectiva del

psicoanálisis, con relación a la cual ha escrito diversos artículos y ponencias, ha participado en jornadas y ha realizado entrevistas y podcasts, disponibles en www.tierradenadie.net.

La locura del progreso

Un psicoanalista escribe sobre el cambio climático

Josep Maria Panés

Un abordaje inédito y esclarecedor de las causas del cambio climático, de nuestra dificultad para reaccionar y de las propuestas que parecen más viables y efectivas.

El cambio climático no es solo una amenaza ambiental: es también un síntoma profundo de nuestra forma de habitar el mundo. En *La locura del progreso*, un psicoanalista se adentra en la raíz inconsciente de la crisis ecológica, explorando cómo el modelo capitalista promueve un funcionamiento sin límite de la pulsión que se manifiesta en un empuje constante al consumo de toda clase de objetos y experiencias. Su reverso, también sin límites, es la destrucción de recursos naturales, la contaminación de nuestro entorno y la masiva extinción de especies.

Este libro propone, por tanto, una mirada singular y urgente: entender el daño al planeta no solo como un problema técnico o político, sino también como una expresión de algo que forma parte de nuestra subjetividad. Basándose en conceptos forjados por Freud y Lacan, el autor invita a pensar en profundidad los extravíos del deseo en el mundo contemporáneo y a explorar otras maneras de hacer, rehuendo tanto el fatalismo como los proyectos irrealizables.

Una obra que interpela, conmueve y llama a la acción, tanto individual como colectiva, pero mostrando también sus condicionantes y sus límites. .

El autor inicia su recorrido haciendo referencia a los sueños pero no ya como actividad onírica mientras dormimos sino cuando estamos despiertos. Citando al psicoanalista francés Jacques-Alain Miller, se pregunta si la gente, en general, y los votantes, en particular, quieren —queremos— ser engañados. Pero —escribe Panés— cuando se trata de enfrentar las dificultades de la vida, de responder a problemas y peligros reales, de velar por la salud y la calidad de vida de las personas, conviene estar muy despierto. Y no es fácil, porque, al parecer, los seres humanos tendemos a querer dormir, a pasar la vida acunados por lo cotidiano, por ficciones cómodas y cercanas, y nos cuesta despertar.

Josep Moya Ollé